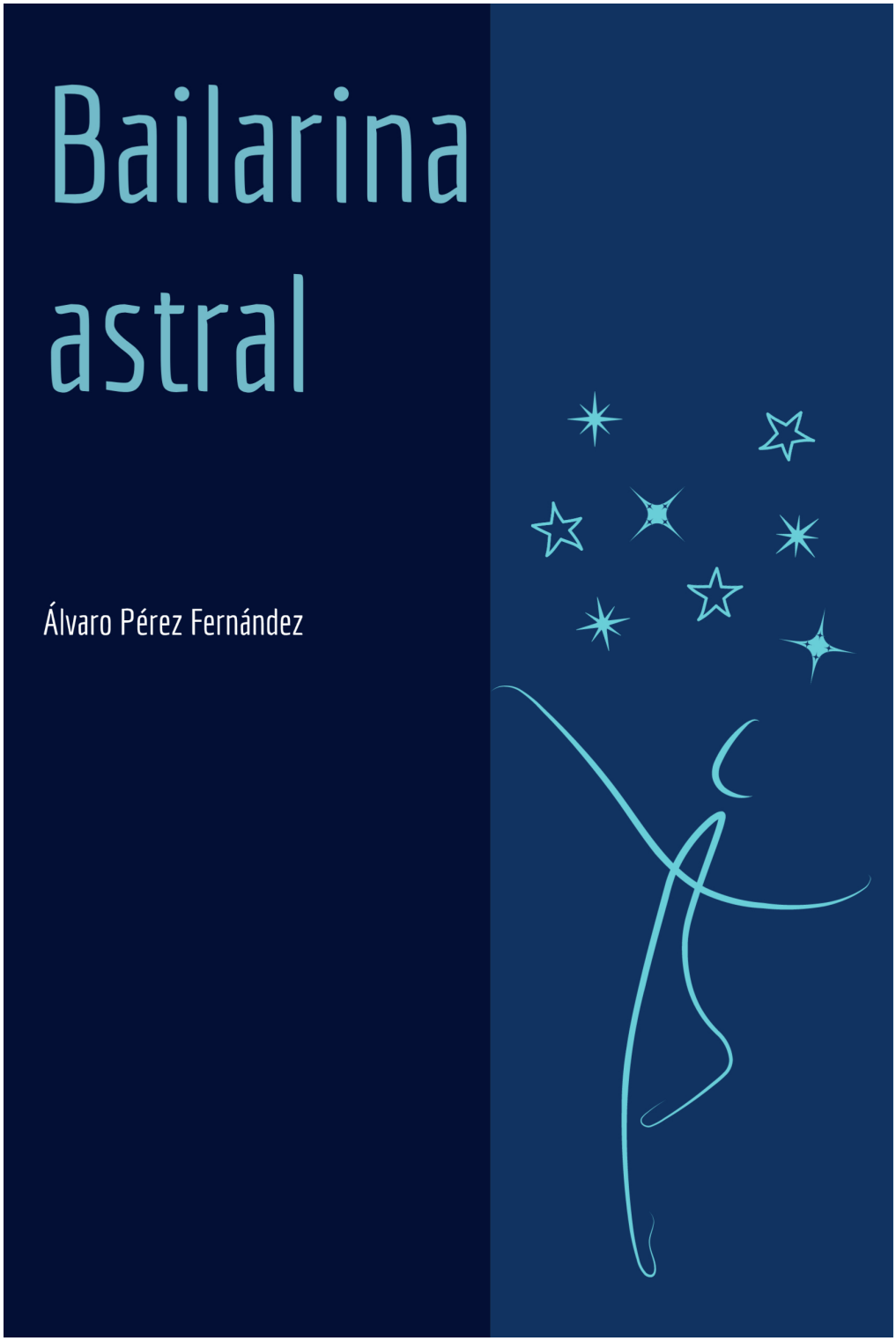
Bailarina Astral

Álvaro Pérez Fernández



Capítulo 1

Bailarina Astral

El recibidor del palacio estaba oscuro. Lleno de polvo y telarañas. Descuidado por los años de abandono a los que había sido sometido. Nadie había puesto un pie en aquel edificio desde hacía décadas, pues nadie había tenido motivos para hacer tal cosa, o al menos, no tenía motivos que superasen sus miedos. Pero yo sí tenía un motivo que superaba cualquier temor, simple pero poderoso: la curiosidad.

Me encaminé por los lúgubres pasillos, anteriormente decorados con paredes de mármol y adornos de oro, pero ahora demacrados por el paso del tiempo y reducidos a una garganta grisácea donde incluso el aire daba la sensación de estar podrido. El pasillo tenía innumerables puertas a cada lado, algunas cerradas para siempre, otras abiertas de par en par. Entré en una de las salas con la necesidad de conocer y la decisión de explorar. La luz de mi linterna alumbró la estancia por primera vez en años. Estaba repleta de lienzos. Retratos de las personalidades que habían habitado el palacio años atrás. El más grande de los cuadros representaba a cuatro niños posando con una imponente mastín. Sin duda, la mascota de la familia. Los niños eran dos chicos y dos chicas, pero una de las chicas tenía una melena pelirroja que contrastaba mucho con los cabellos morenos del resto. Casi parecía miembro de otra familia, pero el pintor había puesto cuidado en representar los rostros infantiles con alto detalle, y se podían observar los mismos iris de color jade en todos los niños.

Seguí recorriendo la estancia observando cuadros de los miembros del servicio: damas arregladas con vestidos impolutos y criados de recta postura y rostro imperturbable. En el extremo de la habitación opuesto a la puerta estaba el retrato de los que supuse debieron de ser los señores del palacio. A la derecha, una mujer de facciones delicadas y tez pálida. A la izquierda, un hombre de rostro severo y mentón pronunciado. Ambos morenos. Me pregunté de quién habría heredado la niña sus rojos cabellos. Los ojos eran del padre, sin duda alguna. El detalle al que había llegado el pintor alcanzaba niveles enfermizos. No era la suya una mirada risueña como la de los niños, todo lo contrario, era una mirada tétrica que daba la sensación de brillar con un tono verdoso que transmitía una sensación de maldad cada vez que se cruzaba conmigo. Como si el retrato aún atesorase parte de la esencia de la persona que representaba.

Di media vuelta para abandonar la habitación, pero un último cuadro me retuvo. No era tan grande como los de la familia, pero sí destacaba entre los del personal. Un retrato de cuerpo entero de una mujer. Una bailarina ataviada con un precioso vestido plateado. El vestido terminaba por encima de las rodillas en unos volantes que dejaban al descubierto unas piernas esbeltas, elegantemente cubiertas por unas mallas blancas. Al

igual que sus piernas, sus brazos quedaban al descubierto y lucían perfectamente tonificados. La cara, sin embargo, quedaba cubierta por un velo plateado que formaba parte del propio vestido e impedía vislumbrar la indudable belleza que la mujer atesoraba. Desposeyéndola de su mayor reflejo de humanidad. Convirtiéndola en un majestuoso maniquí listo para complacer los deseos de su señor.

Me quedé embobada mirando el cuadro, pero un chillido en el pasillo me sacó de mi ensoñación. Un sonido siniestramente agudo que hizo que mi corazón se saltase varios latidos. Salí al pasillo con mi linterna. La luz no captaba nada más que polvo y paredes mohosas, pero el chillido seguía escuchándose. Por el rabillo del ojo capté el movimiento de una sombra en la oscuridad y apunté hacia ella el haz de luz. Una enorme araña tenía apresada a una mugrienta y gorda rata, que chillaba atormentada bajo la picadura de los colmillos del arácnido. Su cuerpo entero estaba completamente inmovilizado, salvo la cola, que daba esporádicos espasmos con los que se retorcía y se volvía a poner tiesa. La araña parecía tranquila, incluso cuando la alumbré con la luz no realizó ni un solo movimiento. Esperaba pacientemente la muerte del roedor para poder asegurar su presa. Una vez toda vida fue extirpada de la rata, la araña comenzó a desplazarse lentamente sobre sus largas patas sin soltar su comida, hasta que se deslizó por un agujero en la pared hacia el interior de una de las salas cerradas. El espectáculo no me resultó agradable, pero me alivió descubrir que el motivo de mi sobresalto era una causa tan banal. No obstante, no estuve demasiado tiempo parada. La imagen de una repulsiva araña de proporciones descomunales asaltó mi imaginación. Con su piel negra como el alquitrán y llena de pelos como púas. Hedionda. Posando sus desalmados ojos sobre mí. Relamiéndose con sus mórbidos colmillos mientras se imaginaba hincándolos en mí cuello. Exhumando su pútrido aliento en mi cara. No quería convertirme en la presa de engendros tan horrendos, si es que existían.

Continué mi marcha por el pasillo hasta llegar a su final. Nada interesante encontré durante el trayecto, y nada interesante hallé a su término. Frente a mí se abrían tres opciones en forma de camino. En el centro, una enorme puerta que, como bien pude comprobar, se hallaba cerrada. A mi derecha, una escalera que bajaba al piso inferior y, por lo que advertí al asomarme por una de las ventanas, llevaba hacia la entrada de los jardines del palacio. La última, a mi izquierda, era otra escalera que asomaba a través de un marco de piedra rematado por un arco apuntado. La escalera subía a las estancias superiores, completamente desconocidas para mí. Dado que ya había pasado bastante tiempo explorando, y que no me había recuperado del todo del episodio de la araña, me decanté por la opción de la derecha. Bajar por allí hasta el jardín era la forma más rápida de salir del palacio. Me dirigí hacia las escaleras, bajé tres escalones y entonces, música. Un leve sonido. Un canto apagado de violines bajaba por las escaleras que llevaban al piso superior. Casi llamándome.

Apelando a mi curiosidad. Mi poderosa curiosidad que, una vez más, me vencía. Di media vuelta y comencé a subir escaleras. La música se hizo más clara. Sonidos largos que iban y venían. Tristes. Casi con la melancolía de un llanto. No el llanto desgarrado de una desgracia recién sufrida, sino el quejoso lamento de una pena constante.

Las escaleras me llevaron frente a una puerta, tan grande como la que me había encontrado abajo, pero abierta esta vez. La música venía de la sala a la que daba paso, así que entré. Era un gran salón, completamente diáfano, preparado para recibir los bailes de las fiestas del palacio, con grandes ventanales a ambos lados por los que entraba la oscuridad de la noche. Intenté localizar la fuente de la música, pero allí no había nadie tocando. Sí reparé en que había un leve reflejo en el suelo, producto de una fuente de luz que no había detectado. Apagué la linterna y esperé a que mis ojos se acostumbrasen a la nueva iluminación. Para mi alivio, no fue oscuridad lo que encontré, sino un ambiente imbuido en una luz tenue, casi como la que emitiría una luna llena en una noche abierta. Los reflejos del suelo ahora eran puntitos de luz, pero se veían borrosos. Alcé la vista para comprobar que la visión del suelo no era más que el reflejo del techo. Sobre mi cabeza, a varios metros de altura, cientos de puntitos fulguraban sobre un fondo oscuro, como estrellas en el firmamento. Brillaban hipnóticos. Se mecían como siguiendo el compás de la música. Uno de los puntos aumentó su tamaño, de un leve trazo a una notable figura. Si el resto de sus compañeros parecían estrellas azuladas, aquel era una luna plateada. Luna que seguía creciendo, acercándose a mí hasta posarse en el suelo tomando la forma de una silueta humana. Silueta que yo ya había visto. Grácil y delicada. Argenta. Terriblemente bella. De miembros desproporcionalmente largos y cuerpo excepcionalmente delgado. Con un velo que ocultaba cualquier vestigio de humanidad. Un gigante de plata. Se desplazaba liviana siguiendo el apenado cantar de la música como si fuese su propio llanto. Avanzaba sabiendo que yo no me podía escapar. Había caído en su red. Se plantó frente a mí con toda su envergadura. Tuvo que inclinarse para poner su cabeza a la altura de mi rostro. Una corriente de frío espectral atravesó su velo e impregnó mi cara. Un hálito de aliento fúnebre. Una corriente hechizada con la que me desvanecí.

Abrí los ojos en una sala invadida por la penumbra. Tanto mis manos como mis piernas estaban atadas a la silla en la que me asentaba. Mi cabeza también estaba inmovilizada de forma que sólo pudiese mirar al frente. Escudriñe la estancia con la mirada. Las paredes de madera estaban húmedas y mohosas. Un olor rancio flotaba en el ambiente. De detrás de una cortina de oscuridad apareció un hombre que caminó hacia mí. Sonreía de forma repulsiva. Su rostro me era vagamente familiar, pero sus ojos verdes los reconocí perfectamente. Se posaban en mí con la misma maldad con la que me habían observado al contemplar el retrato. Sus botas pesadas retumbaban en el suelo de madera con cada paso, y lo hacían crujir con un odioso chirrido. Se paró frente a mí y me dijo algo,

pero de su boca no salió sonido alguno, o yo no pude percibir ninguno. Parecía disfrutar con su monólogo, pues la cruel sonrisa no desaparecía de su rostro. Terminó su discurso con una sorda carcajada. Siguió sonriendo unos instantes más, pero la sonrisa se le apagaba poco a poco. Sus facciones se tornaron serias, pero sus ojos seguían brillando con malicia. Dirigió su mano hacia mi cabeza en un intento de acariciarme el cabello. Unos mechones rojos se deslizaron entre sus dedos. Caminó hacia un lado de la sala, saliendo de mi campo de visión. El sonido de sus botas seguía delatando su presencia a mi lado. Sus pasos se desvanecieron en una agónica pausa, y luego, un sonido metálico, oxidado, aciago. Un chillido hiriente. El sonido de las pesadas botas volvió a estremecer la sala cuando el hombre me asaltó. Una inmunda mano me agarró abarcando todo mi rostro. Momentos antes había pensado que estaba en un sueño, pero el dolor que sentí fue real. Una tenazas se habrían paso hasta mis tripas desgarrando la carne de mi abdomen. Apenas eran capaces de cortar, así que pellizcaban mis entrañas hasta rasgarlas. Mis gritos se ahogaban antes de salir de mi garganta. Las tenazas siguieron devorándome a mordiscos hasta llegar al hueso. Mientras mis sienes ardían y mi espíritu se apagaba, una última visión me fue revelada: una tercera persona en la sala. Maniatada de pies y manos como yo, y con la cabeza retenida obligándola a mirar hacia mí. Una mujer vestida de reluciente plata. Bella, pálida y con una ardiente cabellera. Una mujer que veía morir a su hija.